ESCUELAS DEL HOGAR

Por una paradoja inexplicable en España, que tiene la mujer fama de casera y familiar, es el país en que menos han logrado implantarse las Escuelas del Hogar. Ha sido para nosotras más fácil ir á las institutos y las universidades que crear una enseñanza práctica que eduque á la mujer para su misión de directora de la familia y que sepa serlo de un modo consciente.

Una escuela del hogar no es un instituto de enseñanza de Gramática, Geografía, Matemáticas y demás materias de cultura que la mujer aprende en otros centros destinados á distinto fin. Que la mujer es culta se supone. No va allí á aprender esas materias, sino á aprender lo que es necesario, además, para regir una casa.

A pesar de las distintas formas de organización de estas escuelas, la nota predominante en ellas es la de estar formadas como un verdadero hogar. Un hogar en el que la dueña tuviese que bastarse á sí misma, sin imponer á otras la servidumbre, y que, por lo tanto, tuviese que entender de todo y no arredrarse ante lo cruel del trabajo.

Así, por ejemplo, la Escuela Nacional de Cocina y Economía doméstica de Londres, «The National Training School of Oookery and other Branches of domestic economy», tiene un curso de alumnas internas donde se hace la vida de familia y se aprende lo que á ella se refiere. Las alumnas de estos cursos guisan, lavan, planchan, cosen y cortan sus ropas; arreglan y limpian sus trajes; hacen las compras necesarias, llevan la contabilidad doméstica, aprenden los principios necesarios de química aplicada á la alimentación y las reglas de higiene que no deben ignorar. En los ratos de ocio cada una se dedica, como en la propia casa, á su ocupación favorita, á labor, música ó lectura.

Alumnas de una Escuela del Hogar danesa

Hay otro curso externo en el que aprenden la cocina del obrero, la de la clase media, la alta cocina y la preparación de alimentos á propósito para niños, enfermos y ancianos. Después de estos cursos se da un diploma que permite aspirar á plazas en escuelas de esta clase, y que facilita grandemente la colocación de las diplomadas.

Existen, además, un curso elemental para niñas, externas, y unas lecciones públicas á las que pueden asistir señoras deseosas de adquirir estas lecciones útiles ó de aprender á preparar determinados platos. Este curso es teórico y prác-

Alumnas de una Escuela del Hogar inglesa

tico; la profesora explica la fórmula y luego la ejecuta á la vista de todos.

Es un espectáculo maravilloso el de la actividad de esta escuela, el número de alumnas que guisan y preparan alimentos en las grandes y amplias cocinas, de una limpieza y de una alegría dignas de admiración. Las elegantes cocineras tienen á su diposición pinches que friegan y limpian, evitándoles ese ingrato trabajo. Las comidas preparadas se venden á precios muy económicos en un restaurante anejo á la misma escuela y en raciones á domicilio, que son muy solicitadas, y para cuya venta se prefiere á las familias de las alumnas.

En Suiza, tomando por tipo á Lausanne, donde se celebró el importante congreso de Escuelas de menaje, hay una escuela normal de este género, donde se preparan las maestras para las innumerables escuelas que existen en todos los cantones, pues en toda escuela pública se dan estas enseñanzas.

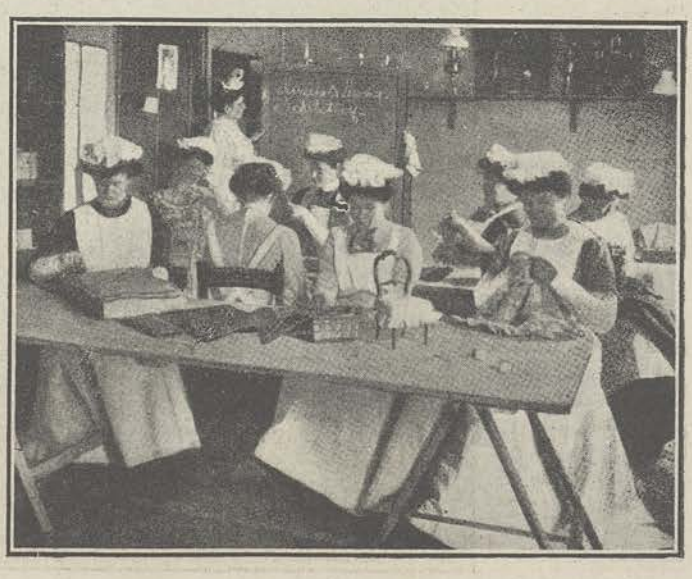
En Francia es conocida la admirable escuela de madame Augusta Malle Uveis, y tanto en esta nación como en Bélgica y Alemania, los cursillos de Cocina y Economía ambulantes, que llevaban estas enseñanzas á las aldeas y cortijadas, han sido vehículos de una verdadera y útil cultura.

Paso sobre esto para detenerme en una de las Escuelas del Hogar más perfectas que he conocido, después de visitar las anteriores y las de Suecia y Noruega. Es una Escuela del Hogar en Copenhague, que visité bajo los auspicios del representante de España Sr. López Agüera.

Es el ideal y el tipo de las escuelas de este género. Situada en las afueras, con una inmensa huerta y jardín, las habitaciones para las alumnas son pabellones en los que cada una tiene su habitación. Cada pabellón tiene capacidad para ocho alumnas, que forman una familia. De esta familia, cada una tiene á su cargo una ocupación semanal. Una hace las compras, lleva las cuentas y dirige á las demás; otra va á la cocina, con las de los otros grupos, y prepara la comida; otra ha de cuidar del lavado; la otra de la plancha; esta de hacer las camas; aquella de enumerar, quitar manchas, etc.

Las restantes cortan, cosen y componen las prendas de vestir. Cada semana se cambian las ocupaciones, y dos de cada familia pasan á formar parte de otra familia, para mantener en todas el mismo afecto y cordialidad.

No olvidaré nunca el espectáculo de aquella escuela alegre, clara, llena de fraternidad y de risas, en la que un grupo de jovencitas lavaba y tendía las ropas al aire libre con un regocijo que hacía fiesta de su ingrata tarea. Todas iban tocadas con gorros blancos, esos gorros blancos que sustituyen á los pañuelos mal enlazados con que se cubren la cabeza las due-



Alumnas de una Escuela de Hogar berlinesa

Un grupo de alumnas de la Escuela del Hogar de Madrid, almorzando en el comedor de esta Institución—.Fot. Salazar

Exposición de labores realizadas por las a umnas de la Escuela del Hogar de Madrid *Fot. Corté*

Clase de bordado donde las alumnas de la Escuela de Madrid, trabajan a aire libre *Fot. Salazar*

ñas de casa en los días de limpieza. Porque la Escuela del Hogar parece que despoja de su rudeza los trabajos y que se adquiere, al mismo tiempo que la maestría para ejecutarlos, la gracia y cierta coquetería que hace los hogares agradables y amenos.

Estas mujeres, al par que parecían prepararse para una vida práctica, parecían también prepararse para algo así como el amor, un amor seguro, fundamental, que no excluye el encanto; algo que triunfa de la monotonía de las tareas domésticas y da á la mujer cierta categoría de colaboradora en el trabajo cotidiano, como si todas las labores se realizasen al desempeñarlas sabiamente.

Aquella escuela del hogar no era un colegio con disciplina, ni siquiera una escuela profesional: era una congregación de mujeres para hacer la vida fácil y agradable, como un milagro que hicieran sus manos.

La salida de clase en la Escuela de Madrid

Ninguna casa tan agradable, tan limpia; la cocina de cobres relucientes, que parecen ser sólo un adorno, como esas habitaciones típicas que se conservan en los museos.

Las ropas tendidas, blancas y finas como ropas de escaparate, y, sin

embargo, todo eso se usa, se utiliza y su perfección es la perfección de las cosas hechas de un modo afectuoso.

A la hora del te, reunidas en el jardín ante las mesitas, puestas con manteles bordados, se veía todo el afecto que las unía, y la pureza, la sencillez de costumbres, lo llena de sanidades de aquella vida en común. Todo estaba cuidado, exquisito, y las delicadas manos que habían confeccionado las pastas, puding y sandwiches, tocaban el piano y acompañaban el himno nacional, cuya letra, en idioma danés, se perdía para nosotros y sólo nos hacía gozar la armonía de la música y de las voces.

Entre nosotros, la única Escuela del Hogar existe en Madrid, y no se ajusta al tipo de las citadas, porque tiene que luchar con la falta de preparación y de ambiente que existe entre nosotras. Se puede decir que es un tímido ensayo; pero un ensayo afortunado por la competencia del profesorado y los excelentes resultados conseguidos.

Indudablemente, esta Escuela del Hogar está llamada á ser una especie de Normal de su ramo, para que en ellas se formen maestras y se implante una escuela semejante en cada provincia, con el fin de que se creen numerosas escuelas del hogar, como escuelas primarias, donde la mujer reciba una enseñanza indispensable en su vida.

El Comisario regio de esta Escuela, D. Nemesio Fernandez Cuesta, está animado de un deseo que realiza milagros dentro de los escasos medios con que cuenta.

El pequeño y lindo jardín se ha dividido en lotes, sorteados entre las alumnas, que se encargan de su cultivo; y se ha implantado el sistema de dar las clases orales al aire libre, cosa que no se hace en ningún otro centro, y que tan gran importancia tiene en las escuelas femeninas.

Es una mezcla de escuela del hogar, de escuela de institutrices y de escuela de artes y oficios. Se ve que se busca una orientación, una implantación definitiva; da la impresión de un vivero del que ha de salir semilla para llenar toda la ciudad, como si tuviese una cátedra en todos los hogares.

Ese mismo complemento que forman las conferencias para la mujer, organizadas este curso, demuestra el deseo de cultura, de amplias tendencias en que la escuela se informa. Allí han disertado hombres tan prestigiosos como D. Francisco Bergamín, ese hombre admirable que desde su altura no desdeña dirigir la palabra á las mujeres, cuando parece que un

Profesores de la Escuela del Hogar de Madrid *Fot. Salazar*

Alumnas de la Escuela de Hogar de Madrid, en el Curso de 1916-1917 *Fot. Salazar*

ex ministro sólo se había de prestar á actos políticos de gran resonancia; D. Manuel de Tolosa Latour, el apóstol de la piedad para con los débiles; D. Alfonso Pérez Nieva, con su espíritu de artista culto y bondadoso; señalando todos nuevos derroteros á la rutinaria enseñanza española.

Ante este espectáculo se piensa con satisfacción que la educación de la mujer española entra en un cauce de serenidad, sin caer en ese tipo manoseado de la marisabidilla, y dejando de tener ese analfabetismo que les parecía hasta ahora como una gracia necesaria á su belleza.

CARMEN DE BURGOS,

Colombine.